

# Ricardo Palma y la problemática negra

Roland Forgues  
Instituto Ricardo Palma, Lima - Perú  
forgues.roland@orange.fr

## Resumen

En este artículo se revisa la problemática de lo negro representado en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma. Afrodescendiente a caballo entre dos mundos, el Patriarca de las letras peruanas habló, escribió y actuó como miembro integrado a un grupo sociocultural determinado, cuando en el fondo de sí mismo sabía que su verdadera identidad lo vinculaba a un grupo distinto del cual siempre se sintió consciente o inconscientemente deudor. En este trabajo se revisan, además, las perspectivas de otros autores sobre lo negro en las *Tradiciones*, frente a las cuales aportaremos un nueva postura crítica.

**Palabras clave:** *Tradiciones peruanas*, negritud, afrodescendiente, disidente, mestizaje.

## Abstract

*In this essay, the issue of black culture represented in the Peruvian Traditions will be addressed. Being an afro descendant in-between two worlds, the Father of Peruvian literature talked, wrote and behaved as a member of a specific sociocultural group, meanwhile being aware deep inside that his real identity linked him with a different group, what made him feel indebted, either consciously or unconsciously. Besides, this paper will take a closer look to the perspectives from other authors towards the presence of black culture in the Traditions, and we will give a new critical stance.*

**Keywords:** *Peruvian Traditions, black culture, afro descendant, dissident, miscegenation.*

**Roland Forgues.** Escritor. Americanista y peruanista. Es autor de más de treinta libros de ensayos y entrevistas sobre el Perú y América Latina. Es Doctor Honoris Causa de la Universidad Ricardo Palma. Profesor honorario de la Universidades Nacional Mayor de San Marcos y Pedro Ruiz Gallo (Lambayeque). Es Miembro Correspondiente y Honorario de varias instituciones e institutos de investigaciones peruanas y extranjeras: Instituto Raúl Porras Barrenechea, Instituto Ricardo Palma, Escuela Nacional Superior de Folklore José María Arguedas, Instituto Literario y Cultural Hispánico de Westminster (USA), Society of Lebanon Valley College (USA). Entre otros reconocimientos, ha recibido el título de Miembro Adoptivo de la Tierra de Vallejo (Santiago de Chuco) y el Premio de Investigaciones del Instituto Literario y Cultural de Westminster (USA).

## 1. Problemática identitaria

En un extenso ensayo de título “Las *Tradiciones* de Palma: disidencia y utopía”, publicado en *La voz de los orígenes* (Forgues, 2016, pp. 325-341) estaba estudiando, entre otros aspectos de la obra del escritor peruano, la problemática identitaria en el marco de una reflexión sobre la construcción de un estado nación, a imagen y semejanza del modelo francés, que fue el sueño de los grandes próceres de la independencia americana como Simón Bolívar y José de San Martín, y de las élites criollas que vinieron a ocupar el poder tras la independencia política y de las que, a pesar de sus orígenes pardos, formó parte el brillante intelectual y hombre de acción que fue Ricardo Palma<sup>1</sup>.

En el susodicho ensayo, digo, estaba señalando entre otras cosas que si bien es cierto que, a diferencia de los románticos y, más tarde, de los modernistas, Palma no usa verdaderamente al indio como puro motivo literario y emocional, resulta claro que en su visión de la realidad nacional desconfía de él como instrumento de cambio, señalando, asimismo, que lo negro tampoco figuraba realmente en la obra de Palma como elemento de estudio, pues, desde el inicio de la conquista, el negro traído como esclavo se vería en su relación con el indio inconscientemente vinculado al blanco<sup>2</sup>.

Tan es así que en una humorística tradición como “Un litigio original” (1872), ubicada en 1698, por ejemplo, los propios

---

1 Así se define él mismo en “La conga”: “Cierto. La Conga fue el último chisporroteo del criollismo. ¿Cómo nació y cómo murió la Conga? Eso lo sé yo con puntos y comas, como que la Conga está unida al recuerdo de mis mejores días de entusiasmo juvenil; a mis tiempos de periodista político y de aventuras revolucionarias, y a mis horas de asaltador, con fortuna no siempre adversa, de plazas femeniles” (1952, pp.1144-1145).

2 Algunas explicaciones se podrán encontrar en mi libro *Mariátegui, la utopía realizable* (1995).

cocheros, esclavos negros, significativamente calificados de “macuitos”, sustituyen a los encopetados amos en la querrela que los opone en un encuentro callejero de sus carruajes por una preeminencia de blasones, insultándose copiosamente ambos esclavos el uno al otro con los habituales tacos de “negro bruto” y “negro chicharrón”, entre otras expresiones connotadamente racistas, azuzados por sus amos, respectivamente, marqués y conde.

De aquí que el negro se vea tratado dentro del mismo sistema de valores que el blanco, pero en el marco de la relación colonial de *amo a esclavo*. Palma en sus *Tradiciones* se refiere fundamentalmente a los negros *cristianados*, como dice él.

Considerando esta doble problemática en el contexto de la época, concluía que el rebatido problema de la «cuestión nacional» en la obra de Palma no podía, a mi modo de ver, escamotear este hecho incontrovertible de que Palma tan solo aborda la problemática desde el punto de vista político e ideológico de la élite criolla y de sus prejuicios<sup>3</sup>.

Ello no quiere decir ni mucho menos que, a pesar de las apariencias, Palma suscriba el ideario de sus compatriotas criollos.

Hoy, a la luz de lo conocido sobre la historia de las mentalidades en Perú y América latina, y tras una minuciosa relectura de la obra magna de Ricardo Palma, las *Tradiciones*, me reafirmo en dicha opinión, proponiéndome en esta oportunidad examinar la presencia y tratamiento de lo negro en su obra, no como traducción de un ideario excluyente, sino una vez más como marca de disidencia, teniendo en cuenta precisamente el

3 Para la formación del ideario criollo remito a los trabajos de Jean Pierre Clément sobre *El Mercurio Peruano (1790-1795)*.

ambiente racista en que se movía el escritor y las posibilidades que él pensó más eficientes para sortear la censura social de la élite criolla de su época que efectivamente no dejó, a imagen y semejanza de Riva Agüero, de celebrarlo como el modelo del escritor criollo, olvidando o fingiendo olvidar que en su obra literaria Ricardo Palma se esfuerza por abordar la problemática negra de la cual es parte no tanto a partir de la trillada categoría de “raza”, connotada negativamente, como a partir de las categorías de “cultura” y “formación”, connotadas positivamente, aunque esto no aparezca siempre de manera explícita<sup>4</sup>.

4 Aunque dicha opción pueda variar en sus escritos políticos y epistolares, especialmente en el caso de los indios vistos negativamente. En una carta a Piérola con fecha del 8 de febrero de 1881, sorpresivamente, Palma habla de los indios casi en los mismos términos con los que José Carlos Mariátegui se refiere a los negros en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Dice Palma (2005, p. 165):

En mi concepto, la causa principal del gran desastre del 13 está en que la mayoría del Perú la forma una raza abyecta y degradada, que usted quiso dignificar y ennoblecer. El indio no tiene el sentimiento de la patria; es enemigo nato del blanco y del hombre de la costa y, señor por señor, tanto le da ser chileno como turco. Así me explico que batallones enteros hubieron arrojado sus armas en San Juan, sin quemar una cápsula. Educar al indio, inspirarle patriotismo será obra no de las instituciones sino de los tiempos.

Agregando de manera muy esquemática y poco convincente:

Por otra parte, los antecedentes históricos nos dicen con sobrada elocuencia que el indio es orgánicamente cobarde. Bastaron 172 aventureros españoles para aprisionar a Atahualpa, que iba escoltado por cincuenta mil hombres, y realizar la conquista de un imperio, cuyos habitantes se contaban por millones. Aunque nos duela declararlo hay que convenir en que la raza araucana fue más viril, pues resistió con tenacidad a la conquista (Ibídem). Aunque, conviene subrayarlo, como para contrarrestar el concepto de “raza” y sus connotaciones negativas y discriminatorias, Palma alude también en sus apreciaciones a la categoría “educación” (“Educar al indio, inspirarle patriotismo, será obra no de las instituciones sino de los tiempos”).

## 2. La máscara del disidente

Efectivamente, Palma, especialmente en los textos en los que se refiere a los negros y mulatos, avanza con máscara. Como afrodescendiente no podía ser de otro modo en una sociedad racista como la sociedad criolla en que estaba viviendo. Aunque esto no fuera el único motivo; así, justificará Oswaldo Holguín, por ejemplo, que Palma evitara mencionar sus orígenes africanos<sup>5</sup>. Recordaré de paso esta interesante confesión que Palma nos entrega en la mencionada tradición “Un litigio original” donde cita una larga y fastidiosa lista de nombres de las familias nobles más conocidas de la época, para desmarcarse de una línea de descendencia que es la de la élite criolla:

Aunque me humille confesarme plebeyo debo declarar, a fuer de veraz cronista, que allí no hubo ningún Palma; pues si alguno de este apellido comía por aquel siglo pan en Lima, debió estar aquejado de dolor de muelas o de punzada en el hueso palomo. Con su inasistencia me hizo un flaco servicio, porque me privó de conocer mis armas para lucirlas sobre el papel de cartas (Palma, 1952, p. 495).

Pero aclaro desde ahora que Palma no avanza con la máscara del “sujeto esclavista” –como afirma Marcel Velázquez Castro (2005)–, sino al revés, con “la máscara del disidente”, único medio para él de asumir su condición de pardo y de cuestionar los fundamentos excluyentes de dicha sociedad.

5 Dice Holguín:

Palma no negó su ancestro negro, pero, como muchos peruanos, tampoco lo hizo público, pues reconocer una ascendencia tan poco valorada en su época no sólo podía ser visto con escándalo sino interpretarse como señal de desafío a la sociedad. Sin embargo, desde muy joven se identificó con la penosa suerte de los esclavos, y le produjo tremendo rechazo el desprecio que su caudillo Vivanco mostró ante los restos de uno de sus seguidores –un capitán mulato muerto en su servicio (2000, pp. 97-120).

Ello es particularmente notable en la manera cómo Palma usa y revierte los tópicos tradicionales utilizados en la desvalorización de la gente de color acentuando de manera paródica los rasgos negativos atribuidos a los negros: sexualidad, lascivia, perversión, belleza luciferina, pacto con el diablo, ausencia de moral, robo, mentira, traición, borrachera, ocio, grosería y trivialidad del lenguaje, entre otros defectos.

Si cupiera la menor duda sobre las intenciones de Palma, bastaría con recordar su comentario final en “Un negro en el sillón presidencial”:

Conocí y traté, allá en mi mocedad, a uno de los ediles, quien me aseguraba que el retinto negro, en el sillón presidencial, se había comportado con igual o mayor cultura que los presidentes de piel blanca. Poco después de las tres de la tarde y dando entusiastas vivas a su caudillo, abandonó la montonera nuestra capital siguiendo la misma ruta de su entrada (1952, p. 1075).

De este comentario se puede sacar una doble conclusión: No solo el negro montonero asume la más alta función de la organización política del Estado “con igual o mayor cultura que los presidentes de piel blanca”, sino que además no se aferra al poder: “abandonó la montonera nuestra capital siguiendo la misma ruta de su entrada”. Al revés de lo que ocurre en la lucha por el poder entre los caudillos criollos en el período republicano y en la época de Palma, el negro se ve desprovisto de la ambición y sed de potencia que roen al blanco, haciendo del poder un fin en sí. El mejor ejemplo lo tenemos en la implacable requisitoria a la que procede Palma contra la dictadura de Gaspar Rodríguez de Francia en Paraguay en la tradición “Entre libertador y dictador” (1825) a través de un intercambio de cartas entre el

Libertador Simón Bolívar y el “tirano Francia”<sup>6</sup>. La tradición concluye significativamente con esta exclamación de Bolívar a su secretario Estenós: “¡Pim...pinela! ¡Haga usted patria con esta gente!” (p. 1026)<sup>7</sup>.

Notemos el empleo del término *cultura* aplicado a la moral de la situación y de la expresión *la misma ruta de su entrada* que pone exactamente en el mismo plano de ética la conquista del poder y su abandono, como marca de respeto a la “libertad democrática” a la cual Palma siempre se mostró explícita o implícitamente apegado, yendo a buscar en el pasado precisamente las luces que pueden aclarar y guiar el presente, perfectamente bien ilustrado en la expresión *antaño como hogano*, o en expresiones equivalentes que vuelven reiteradamente bajo la pluma del tradicionista.

El cuestionamiento de las estructuras de poder siempre se da en Palma de manera indirecta y soterrada, a imagen y semejanza de estas interrogaciones que pone en boca del teniente gobernador

---

6 Dice Palma:

La nota del Libertador Bolívar al tirano Francia se limitaba a proponerle que sacase al Paraguay del aislamiento con el resto del mundo civilizado, enviando y recibiendo agentes diplomáticos y consulares. La contestación de que fue conductor el capitán Ruiz, no puede ser más original, empezando por el título de patrio que da al general Bolívar (p. 1026).

7 Señalo de paso que Palma utiliza a menudo la misma expresión negativa “hacer patria con esa gente” en sus cartas para comentar la actualidad política del momento, especialmente en sus cartas a Piérola. En una carta de febrero de 1881, escribe, por ejemplo:

Aquí, en virtud de un bando publicado por la autoridad chilena, se presentaron ante ella varios jefes y oficiales, y, sorpresivamente unos, con entera voluntad otros, han firmado un compromiso de no empuñar las armas contra Chile, empeñando para ello su palabra de honor. Con semejante canalla no se puede hacer patria. Algunos han tenido la desfachatez de contestar a los que los reconvenían por tal indigno proceder, que nada importa la palabra empeñada y que la quebrantarán cuando se les presente oportunidad. Esa gentuza por lo visto, no vacilará en recibir de los enemigos sueldo o piltrafa (Palma, 2005, T III, p. 165)



de Cuzco en la tradición “Puesto en el burro, aguantar los azotes”, situada en 1591, acerca del joven Gabriel Leguizamo, el joven rival contestatario que se ha atrevido a desafiar su autoridad: “¿Cómo? ¿Así no más se pasa un mozalbete por la calle, muy cuellierguido y sin quitarse el sombrero ante la autoridad? ¡Qué! ¿No hay clases, ni privilegios, ni fueros y todos somos uno?” (p. 220)

Como señalé en otra oportunidad, la descontextualización de los hechos es ciertamente el arma crítica más eficaz utilizada por el tradicionista como se notará, entre una multitud de otros ejemplos, en este comentario de la misma tradición: “Aquel desacato clamaba por ejemplar castigo. Dejarlo impune habría sido democratizarse antes de tiempo” (Ibíd.).

Esta técnica de descontextualización, en relación esta vez con la propia actividad política del escritor, es particularmente notable en el subtítulo de la ya mencionada tradición “Un litigio original”, ubicada en 1698. Se trata, precisa Palma, de una “Tradición en que el autor halaga pantorrillas o vanidades como candidato que anda a pesca de votos para calzarse una diputación al próximo congreso” (p. 488).

Si bien esta preocupación de Palma es observable en toda su obra literaria, donde mejor se manifiesta para el tema que me ocupa hoy en este ensayo es en “La emplazada”, ubicada en 1688, que Ricardo Palma abre con esa especie de preámbulo, que nos enfrenta desde un comienzo con la descontextualización de los hechos en el tiempo, invitándonos a ahondar en la reflexión sobre las relaciones humanas interétnicas e interculturales, intersubjetivas y clasistas de su época:

Confieso que, entre las muchas tradiciones que he sacado a luz, ninguna me ha puesto en mayores atrenzos que la que hoy traslado al papel. La tinta se me vuelve borra entre

los puntos de la pluma, tanto es de espinoso y delicado el argumento. Pero a Roma por todo, y quiera un buen numen sacarme airoso de la empresa, y que alcance a cubrir con un velo de decoro, siquier no sea muy tupido, este mi verídico relato de un suceso que fue en Lima más *sonado que las narices* (p. 470).

La descontextualización se ve confirmada, efectivamente, en la presentación formal de la tradición, en breves referencias a primera vista anodinas, pero capitales para su interpretación, como la siguiente: “Así se explica que el capellán no tardase en comprender y adquirir pruebas de que entre Pantaleón y Gertrudis existían lo que, en política, llamaba uno de nuestros prohombres connivencias criminales” (p. 473).

En dicho fenómeno de *contextualización / descontextualización* de los hechos relatados reside a mi modo de ver el mensaje del escritor. Ello me mueve a pensar que no se ha puesto suficientemente el acento sobre una reflexión de Palma consignada en su comentario a “Copias del natural” de Aureliano Villarán donde, entre otras cosas, escribe estas palabras que pueden considerarse a no dudarlo como el núcleo de su utopía:

¡Yo no quiero que el poeta sea un ser egoísta que cante sus penas y sus alegrías, olvidando las de la Humanidad; yo quiero que el poeta acierte a reflejar en sus estrofas las aspiraciones de su época y del pueblo en que vive; que glorifique todo lo noble y grande y generoso; que nos exhiba en cuadros, palpitantes de verdad e interés tipos y costumbres sociales; que deje traslucir siempre un plan filosófico, que crea y no dude, que ame y no maldiga, que ensueñe y nos deleite! Yo quiero, en fin, que el poeta, antes que todo, sea hombre y hombre de su siglo, y no ridícula plañidera del duelo antiguo (Ibídem, pp. 1472-1473).

“Yo quiero que el poeta acierte a reflejar en sus estrofas las aspiraciones de su época y del pueblo en que vive”. Como literato afrodescendiente, esta fue ciertamente la preocupación del Patriarca de las letras peruanas a todo lo largo de su existencia.

### 3. La opción formal

Mirados desde la perspectiva propia del escritor, los negros y mulatos, al revés de lo que sucede con los indios, son pintados, en efecto, con inocultable simpatía a partir de la acentuación paródica y carnavalesca de los mismos rasgos que los hacían despreciar por los blancos hasta el punto de que en muchos casos se asiste a una verdadera inversión de los valores positivos y negativos atribuidos a blancos y negros.

Recordemos, aunque esto pueda aparecer a primera vista como un hecho insignificante, una anécdota sin mayor relieve, que en “La fundación de Santa Liberata” (1874) es un joven esclavo “negrito de ocho años de edad, llamado Tomás Moya” el que permite recuperar las ostias sagradas robadas en la iglesia del pueblo por un mozo blanco: Fernando, “fruto de una de las calaveradas de la mocedad del conde de Cartago”. Esta buena acción permitirá la fundación de la iglesia de Santa Liberata, y gracias a ella el negro, identificado con nombre y apellido como para recalcar precisamente una identidad negada por la condición de esclavo, se ganará la libertad.

Y aunque sea de paso en la misma tradición se hace una breve alusión, nada anodina, a la lucha por la libertad y al coraje de “los negros cimarrones que, enseñoreados de los montes de Huachipa, habían establecido en ellos fortificaciones y osado presentar batalla a las tropas reales” (p. 521).

Así en “El rey de monte” (1874), el hijo libre de la negra Mama Solomé, castigada por bruja, se convertirá para vengar a su madre en el justiciero bandido que robaba, dice Palma, “por amor al arte, repartiendo entre los pobres aquello que despojaba a los ricos” (p. 907). De esta forma alcanzará el estatuto de legendario héroe negro celebrado en un romance donde se cuentan sus hazañas, a imagen y semejanza de los grandes héroes blancos de la cultura europea, de la canción de gesta española y francesa:

Más que Rey, Cid de los montes  
 fue por su arrojo tremendo,  
 por fortunado en la lidia,  
 por generoso y mañero;  
 Roldán de tez africana,  
 desafiador de mil riesgos,  
 no le rindieron bravuras,  
 sino ardidés le rindieron. (Ibíd.)

Gracias a este romance el negro al que Palma le atribuye sensibilidad artística (robaba por amor al arte) alcanza culturalmente igual nivel que los legendarios héroes del mundo blanco.

En su disidencia respecto de la visión de la gente de color en la mentalidad criolla de su época, Ricardo Palma procede por breves toques, ligeros trazos estilísticos más alusivos que descriptivos, tanto más eficaces cuanto que se presentan como fórmulas a primera vista anodinas.

Así por ejemplo en “Más malo que Calleja” (1874), lo que condena irremediabilmente el asesinato y peor aún la iniquidad de la justicia es la presentación inicial del negro “caballero en su burro”, vale decir con la dignidad de los nobles y honrados “caballeros” del pasado celebrados y resucitados en el presente por el tradicionista:

Al doblar la esquina, un pobre negro, caballero en un burro, no acertó a desviar oportunamente al animal; y el talaverino para esquivar el atropello dio un salto fuera de la vereda, pero con tan mala suerte, que metió el pie en un charco, y el lodo le puso el pantalón en condiciones de inmediato reemplazo.

Pero el capitán de la quinta no entendía de plegarias, y echando por esa boca sapos y culebras, clavó el arma en el pecho del indefenso negro.

Los transeúntes que presenciaron esta crueldad sin nombre, se indignaron hasta el punto de acometer a pedradas al asesino. A la sazón venía por la calle de San Bartolomé un grupo de talaveras que, viendo a su capitán en atrezos, desenvainaron las bayonetas y se lanzaron sobre el paisanaje, hiriendo a *roso y belloso*.

La sociedad limeña, que hartos motivos tenía para aborrecer a los talaveras, acabó de exaltarse con este suceso, y personas respetables fueron donde el virrey con la querrela. Su excelencia ofreció que el pueblo sería desagaviado, y que un consejo de guerra hería justicia en el matador y sus camaradas. Pero Maroto tomó cartas en el negocio, y el fiscal opinó que la vida de un esclavo no valía un pepinillo ni merecía tanta alharaca, y que a lo más que podía obligarse a don Martín era a pagar al amo del negro cuatrocientos pesos por el muerto y veinte por el burro. (p. 902)

Así, en la presentación de Palma, el negro es tan *caballero*, o sea, tan hidalgo, tan distinguido, tan digno y tan honrado en su burro como el blanco en su caballo. La imagen se repite en “El mogollón” (1883), en “Los aguadores de Lima” (1908), y en varias otras tradiciones. Pues el burro está vinculado a la idea de castigo, y más precisamente a la idea de castigo injusto

generalmente aplicado a los negros, pero también a los rebeldes blancos como ilustra, precisamente la tradición “Puesto en el burro, aguantar los azotes”, manera de afirmar implícitamente la inepticia de la diferenciación racista hecha a partir del color de la piel.

En “El mogollón”, anota Palma:

En materia criminal la justicia del otro siglo no se andaba con muchas probanzas ni dingolondangos, y tres días después Francisco Mogollón, alias *Sanguijuela*, desnudo de medio cuerpo arriba y caballero en el *tordo flor de lino*, que así llamaban los limeños al asno propiedad del verdugo, deteníase en cada esquina, donde con medio minuto de pausa entre azote y azote, lo aplicaba el curtidor de brujas y bribones hasta cinco ramalazos con penca de tres costuras. (p. 578)

El supuesto ladrón, quien bajo tortura del látigo y del funesto garrotillo, “se pone a cantar el *kirieleisón*” confesando un robo “tan gordo que con él bastó y sobró para llamarse a buen vivir”, se ve de algún modo blanqueado de la acusación por las circunstancias de la confesión y por la referencia a la oración litúrgica el *kirieleisón*, “Señor ten piedad”. Notemos que Ricardo Palma mantiene hábilmente la ambigüedad sobre la realidad del robo señalando que la opinión pública andaba entre si el castigado “era brujo o era ladrón”. Del mismo modo que mantiene la ambigüedad sobre el sentido del *kirieleisón* que puede ser motivado por sentirse el protagonista realmente culpable de aquello por lo cual lo están supliciendo o por el hecho de haber mentido al confesar, aunque sea bajo tortura, un robo que no lo fue:

Allí el juez empezó por preguntarle cuyo era ese tesoro, y el negro contestó con mucho aplomo que era suyo y muy suyo y fruto de su trabajo e industria. Argüía el alcalde,

que por cierto no era de holgadas tragaderas; Mogollón se mantenía en lo dicho y declarado; Cucurucho daba fe o no daba, pero plumeaba largo; y el interrogatorio llevaba trazas de ser eterno y de que ni con garabatos se lo sacaría al negro la verdad del cuerpo. Fastidióse a la postre D. Crisanto, y volviéndose a uno de los alguaciles, dijo con toda flema, que quien vara de justicia ostenta no ha de encolerizarse como un lego zarramplín (Ibídem, p. 578)

Al fin y al cabo el negro enviado a presidio, se convierte en héroe legendario de la historia al verse la calle, donde fue cruel e injustamente castigado, según sugiere el tradicionalista, bautizada por el pueblo con su nombre. Y más aún, el final de la tradición resulta ser un apoyado homenaje a la cultura y sabiduría del pueblo del que formaba parte el supuesto ladrón que, a fin de cuentas, llevaba una vida sencilla, común y corriente, sin dañar a nadie, en oposición a la incultura e ignorancia de las autoridades:

Como en 1747 no había en la calle otro solar habitado que el que ocupó el famoso bandido hasta la hora en que fue a la caponera, el pueblo que para esto de bautizar no necesita permiso de preste, ni de rey, ni de roque, ni de alcoroque, bautizó la supradicha con el nombre de *calle de Mogollón*; y con él la conocimos hasta que vino un prosaico municipio a desbautizarla, convirtiendo con la nueva nomenclatura en batiborrillo el plano de la ciudad y haciendo guerra sin cuartel a los recuerdos poéticos de un pueblo que en cada piedra y cada nombre esconde una historia, un drama una tradición (p. 579)

Lo más relevante en este comentario final, es que, al oponer la poesía del pueblo al prosaísmo de las autoridades, el tradicionalista invierte mediante esta imagen simbólica la ecuación blanco = cultura y negro = ignorancia.

#### 4. Valores judeocristianos

En “Pancho Sales, el verdugo” (1874), obligado a escoger entre la horca y el oficio de verdugo, el negrito Pancho Sales, “casi enano, regordete y patizambo, gran bebedor e insigne guitarrista” presentado hiperbólicamente como se puede advertir con los atributos tradicionales negativos que el mundo criollo le atribuye al negro inmediatamente contrarrestados esos rasgos negativos por la puesta de relieve de un rasgo positivo: la capacidad a tocar el instrumento de los blancos: la guitarra, dicho personaje se las arregla para no cumplir con su oficio de verdugo. Y, como ocurre siempre en Palma, viéndose justificada la actitud del personaje por el respeto del quinto mandamiento “No matarás”, la tradición termina celebrando los valores cristianos en su expresión más pura:

En los últimos años de su vida se apoderó de él remordimiento por el perjurio que había cometido para entrar en carrera, tomó por confesor a un religioso descalzo, vistió de jerga, y espichó tan devotamente como cumple a un buen cristiano (p. 751).

Valores estos afirmados por Palma en “El rey del monte”, situada en 1815, desde el inicio de la tradición, como un acto de fe religiosa, vale decir un acto de naturaleza sagrada que no puede sufrir el menor cuestionamiento. Excepto la denuncia de las contradicciones en la práctica humana de la doctrina, vale decir, la incoherencia entre la ideología y la praxis, entre la prédica y la ética, la apariencia y la realidad, que es lo que Palma no deja de fustigar abiertamente en sus cartas<sup>8</sup> y en sus escritos periodísticos y políticos:

---

8 Incontables ejemplos tenemos en su correspondencia privada recogida en los tres tomos de su Epistolario General (2010).



Con el cristianismo, que es fraternidad, nos vino desde la civilizada Europa y como una negación de la doctrina religiosa, la trata de esclavos. Los crueles expedientes de que se valían los traficantes en carne humana para completar en las costas de África el cargamento de sus buques, y la manera bárbara como después eran tratados los infelices negros, no son asuntos para artículos del carácter ligero de mis tradiciones (p. 903).

De aquí que el rescate de los personajes negros pase obligatoriamente para Ricardo Palma por el respeto absoluto de los valores del judeocristianismo. Del mismo modo que la condena de los blancos se da implícitamente por la transgresión o no respecto de esos mismos valores que son los suyos.

Uno de los mayores y más sutiles ejemplos lo tenemos en “La emplazada” (1874), precisamente, que es probablemente la tradición que ha sido objeto de los comentarios más numerosos, variados y contradictorios, de parte de los estudiosos que han abordado la problemática negra en la obra de Palma.

Si la historia de “La emplazada”, contada a la manera de un *fait-divers* en el marco de su época es bastante sencilla, en cambio las sutilezas y humor de su presentación la convierten a no dudarlo en una de las más emblemáticas muestras del pensamiento disidente de Palma y de sus formas de expresión.

Se trata, en efecto, de una tradición en la que se puede observar cómo Ricardo Palma va procediendo en el cuestionamiento del mundo criollo y rescate del mundo negro a partir de la escenificación de la relación colonial *amo/esclavo*, en el marco de los valores judeocristianos que son los suyos. Jugando sobre la idea de ruptura/recomposición de los susodichos valores judeocristianos, encarnados en los siete pecados capitales: lujuria, ira, soberbia, envidia, avaricia, pereza, gula, hábilmente aludidos

en distintas expresiones que remiten directa o indirectamente a dichas situaciones, sentimientos o manifestaciones de los cinco sentidos de Eros. Pecados cometidos todos por los protagonistas del *fait-divers*, naturalmente redimidos los pecadores, como en la doctrina religiosa, por el sacrificio final.

Una bella y apetitosa dama blanca de cuarenta años, Verónica Aristizábal, viuda del riquísimo pero transparente conde de Puntos Suspensivos, se retira a una de sus haciendas donde se enamora de uno de sus esclavos, Pantaleón, joven y apolíneo mulato ahijado del conde hecho médico por voluntad de este, con el que tiene una relación íntima pero clandestina (el capellán no la conoce) hasta que la condesa trae a la hacienda a Gertrudis su esclava favorita, una joven y bellísima mulata en la flor de la adolescencia a quien había mandado al convento para hacer de ella una buena ama de casa, esposa y madre de familia.

Pantaleón se enamora de Gertrudis y empieza entre ambos jóvenes esclavos, respectivamente de veinticuatro y dieciséis años todavía no cumplidos, una relación amorosa que despierta los chismes y envidia en los dos empleados gallegos y en el libidinoso capellán de la hacienda.

Enterada por el capellán roído por los celos, la condesa se venga de lo que considera una traición mandando a azotar al culpable y tirarlo a una paila de miel hirviente.

Pantaleón no se sustrae del castigo, pero antes de sufrirlo emplaza a la condesa ante el tribunal de Dios. La profecía se cumple y el día indicado, la condesa muere, tras haber firmado previamente la libertad de su esclava Gertrudis quien se retira en un convento.

En esta tradición en efecto se asiste a una verdadera inversión de los valores que definen a blancos y negros en la sociedad esclavista de la época.

Los blancos, mayordomo, caporal y capellán, son burdos, licenciosos, envidiosos y celosos. Y además miedosos en el caso del capellán, según recalca el narrador, con esta sugerente advertencia: “Probable es que si el mercedario hubiera podido sospechar que Verónica había hecho de su esclavo algo más que un médico, se habría abstenido de acusarlo” (p. 473). O totalmente inconsistentes o transparentes como el propio conde, significativamente llamado “Conde de Puntos Suspensivos”, o inconsecuentes con la doctrina religiosa que profesan como la condesa.

La bella y apetecible condesa, “no embargante sus cuarenta pascuas floridas”, dice Palma, y que “era, por los años de 1688, lo que en toda tierra de herejes y cristianos se llama una buena moza. Jamón mejor conservado, ni en Westfalia”, en efecto, en contraste con su papel de madre, tutora de los hijos por decisión del esposo muerto, y buena cristiana se deja ganar progresivamente por el demonio de la tentación, hasta sucumbir a los llamados de la carne, papel habitualmente concedido a la mujer negra:

Pero Pantaleón, no sólo gozaba del prestigio que da la ciencia, sino que su cortesanía, su juventud y su vigorosa belleza física formaban contraste con la vulgaridad y aspecto del mercedario y los gallegos. Verónica era mujer, y con eso está dicho que su imaginación debía dar mayores proporciones al contraste. El ocio y aislamiento de vida en una hacienda, los nervios siempre impresionables en las hijas de Eva, la confianza que para calmarlos se tiene en el agua de melisa, sobre todo si el médico que la propina es joven, buen mozo e inteligente, la frecuencia e intimidación del trato y... ¡qué

sé yo!..., hicieron que a la condesa le clavara el pícaro de Cupido un acerado dardo en mitad del corazón. Y como cuando el diablo no tiene que hacer, mata moscas con el rabo, y en levas de amor no hay tallas, sucedió... lo que ustedes sin ser brujos ya habrán adivinado. Con razón dice una copla:

Pocos eclipses el sol  
y mil la luna padece;  
que son al desliz más prontas  
que los hombres las mujeres. (p. 471)

Los mulatos Pantaleón y Gertrudis, están retratados, desde su entrada en escena, como modelos de ahijado y favorita, respetuosos de los valores ajenos del mundo blanco que se les inculca, hasta el desenlace en que vendrán a encarnar los valores de sus orígenes africanos y los valores cristianos auténticos a los que se adhiere Ricardo Palma:

Había entre ellos un robusto y agraciado mulato, de veinticuatro años, a quien el difunto conde había sacado de pila y, en su calidad de ahijado, tratado siempre con especial cariño y distinción. A la edad de trece años, Pantaleón, que tal era su nombre, fue traído a Lima por el padrino, quien lo dedicó a aprender el empirismo rutinerio que en esos tiempos se llamaba ciencia médica, y de que tan cabal idea nos ha legado el Quevedo limeño Juan de Caviedes en su graciosísimo Diente del Parnaso. Quizá Pantaleón, pues fue contemporáneo de Caviedes, es uno de los tipos que campean en el libro de nuestro original y cáustico poeta.

Cuando el conde consideró que su ahijado sabía ya lo suficiente para enmendarle una receta al mismo Hipócrates, lo volvió a la hacienda con el empleo de médico y boticario, asignándole cuarto fuera del galpón habitado por los

demás esclavos, autorizándolo para vestir decentemente y a la moda, y permitiéndole que ocupara asiento en la mesa donde comían el mayordomo o administrador, gallego burdo como un alcornoque, el primer caporal, que era otro ídem fundido en el mismo molde, y el capellán, rechoncho fraile mercedario y con más cerviguillo que un berrendo de Bujama. Éstos, aunque no sin murmurar por bajo, tuvieron que aceptar por comensal al flamante doctor; y en breve, ya fuese por la utilidad de servicios que éste les prestara librándolos en más de un atracón, o porque se les hizo simpático por la agudeza de su ingenio y distinción de modales, ello es que el capellán, mayordomo y caporal no podían pasar sin la sociedad del esclavo, a quien trataban como a íntimo amigo y de igual a igual (p. 471).

Notemos que se define al negro Pantaleón con los términos positivos del mundo blanco por ser el “ahijado” del conde y por verse destinado a ser, de algún modo, su sustituto, tras la muerte de éste, al lado de la viuda<sup>9</sup>, y a Gertrudis con los tópicos tradicionales correspondientes a la visión cristiana de la belleza fatal de la mujer tentadora vinculada a lo demoníaco con sus “ojos de tinieblas”, imagen reforzada más aún por la alusión a la bíblica Magdalena, pero ubicada en el contexto de los amores profanos y terrenales con la presencia, a modo de refrán, de la gozosa china:

Un año después de establecida la condesa en la hacienda, hizo salir de un convento de monjas de Lima a una esclavita, de quince a diez y seis abriles, fresca como un sorbete, traviesa como un duende, alegre como una misa de aguinaldo y con

9 Independientemente de si el ahijado es hijo ilegítimo o no del conde con una de sus esclavas, según sugieren algunos comentaristas –ello no se aclara en la tradición- digamos de paso que dicha situación corresponde perfectamente a los preceptos de la *sagradas escrituras* donde las viudas encuentran frecuentemente el amparo, o un nuevo marido en el hermano del viudo o en uno de sus allegados.

un par de ojos negros, tan negros que parecían hechos de tinieblas. Era la predilecta, la engréida de Verónica. Antes de enviarla al monasterio para que perfeccionase su educación aprendiendo labores de aguja y demás cosas en que son tan duchas las buenas madres, su ama la había pagado maestros de música y baile; y la muchacha aprovechó tan bien las lecciones que no había en Lima más diestra tañedora de arpa, ni timbre de voz más puro y flexible para cantar la bella Aminta y el pastor feliz, ni pies más ágiles para trenzar una sajuriana, ni cintura más cenceña y revolucionaria para bailar un bailecito de la tierra.

Describir la belleza de Gertrudis sería para mí obra de romanos. Pálido sería el retrato que emprendiera yo hacer de la mulata, y basta que el lector se imagine uno de esos tipos de azúcar refinada y canela de Ceylán, que hicieron decir al licenciado ciego de la Merced, en una copla que yo me guardaré de reproducir con exactitud:

Canela y azúcar fue  
la bendita Magdalena...  
quien no ha querido a una china  
no ha querido cosa buena (p. 473).

Como se observará en la descripción de Ricardo Palma, la aculturación de ambos mulatos es total, emblematizada en el caso de Gertrudis en la divina manera con que toca el arpa, instrumento introducido en América por los españoles. Y en el caso de Pantaleón en el oficio de médico, más sabio que el mismo Hipócrates, legendario padre fundador de la medicina occidental. Todo ello bañado, por supuesto, en un ambiente de novela pastoril y de comedia del Siglo de Oro con las alusiones, entre otros, a Quevedo, Calderón de la barca, Lope de Vega y Francisco del Castillo Andraca, el “Ciego de la Merced”.

Presentado y castigado por traidor en el marco de la relación colonial de *amo a esclavo* en que descansa la tradición, Pantaleón, en efecto, al final recupera su identidad de mulato, y su libertad de individuo, al negarse a reconocer su relación íntima con Gertrudis y a delatarla como su amante, evitando de esta manera darle a la condesa un pretexto de venganza. Lo cual permite que la narración se encamine hacia la libertad de la mulata y su retiro al convento, vale decir, la afirmación de los valores cristianos tradicionales. Así, a la traición en el marco de los valores del mundo blanco, Ricardo Palma opone la fidelidad en el marco del mundo negro.

El fracaso de la condesa está sancionado al final por su caída en la locura, su vinculación al diablo (al cual estaba vinculada en un principio la belleza de Gertrudis)... Así se invierte la visión inicial de la mujer tentadora.

Y más aún, Ricardo Palma procede a una verdadera inversión de los valores al hacer que al castigo profano decidido por la condesa, se sustituya el castigo sagrado del mulato con el emplazamiento de la culpable ante el tribunal supremo de Dios y el cumplimento de la profecía.

Asimismo, Gertrudis, enviada al convento en un comienzo para recibir una educación de buena ama de casa, esposa y madre de familia, y sacada de él, por voluntad de su señora y dueña, tras recibir la libertad vuelve al convento como buena cristiana. Esta vez no por voluntad ajena, sino por voluntad propia. Así se va redimiendo, en la línea de la doctrina cristiana, de una culpa que se le atribuye por su belleza y de la cual no es de ningún modo responsable, a imagen y semejanza del pecado original que tienen que pagar a pesar suyo, los descendientes de Adán y Eva.

## 5. Nación, mestizaje y aculturación

Bien mirado todo, no veo nada en “La emplazada”, al revés de lo afirmado por varios estudiosos, que aborde la problemática de la formación de la nación a partir de una reflexión sobre el mestizaje. Ni el “mestizaje gozoso” al que se refiere Marcel Velázquez, ni el mestizaje del que habla Richard Leonardo que se vería condenado por Ricardo Palma por imposible y no deseable<sup>10</sup>.

Así concluye su estudio Richard Leonardo:

Para finalizar este acápite, podemos decir que “La emplazada” pareciera sugerir que esta unión (entre blancos y negros) es imposible, pero no porque estos personajes sociales no puedan amarse (de hecho Pantaleón es producto de este tipo de relación), sino porque los negros no son leales ni constantes debido a que en ellos el Principio africano los condena a volver a la barbarie propia de su origen, así por más que se les eduque, por más que se les enseñe la religión, por más que se los trate civilizadamente, tarde o temprano, terminarán por traicionar al blanco. No me parece exagerado sostener que la historia de «La emplazada» vehicula un proyecto nacional y, por lo tanto, racial sobre la incorporación de lo afro descendiente en la consolidación del proyecto nacional criollo. En esta nación (que se reclama asimismo como blanca o blanco mestiza), lo negro (y sus derivaciones como lo mulato) no tienen lugar. El mestizaje

10 A decir verdad, no creo que se dé en la obra literaria de Palma una real reflexión sobre el mestizaje en general. Si Palma tuvo en algún momento la intuición del mestizaje como posibilidad –para decirlo con palabras de Basadre–, como escribí en mi ensayo “Las *Tradiciones* de Palma: disidencia y utopía”, fue como referente ideológico al Inca Garcilaso de la Vega y al abrazo de ambas razas que nunca llegó a realizarse, como observa con razón José Carlos Mariátegui (p. 336).



(al menos con lo afro descendiente) en este sentido no es más que una alternativa errónea y que, por lo tanto, debe evitarse (2015, s/p).

Aunque el crítico toma ciertas precauciones en la formulación de sus conclusiones (pareciera sugerir), digo que es difícilmente concebible que Palma llegara a esa rotunda afirmación de que el mestizaje sea “una alternativa errónea y que, por lo tanto, debe evitarse”, cuando el mismo era mestizo precisamente, y que en las tradiciones en las que intervienen negros, su descripción es mucho más compleja y sutil de lo que parece a primera vista.

La problemática desarrollada en “La emplazada”, no es la del mestizaje, sino lo que ha venido en llamarse “aculturación”. Si de fracaso y condena se puede hablar, tan solo se trata del fracaso y condena del proceso de sustitución de una cultura por otra que la corona española emprendió en América Latina durante la colonia con su famoso empresa de cristianización y extirpación de la idolatría, empresa que los criollos continuaron bajo otras formas en el período republicano.

Los personajes de Pantaleón y Gertrudis son mulatos, mulatos que han recibido la cultura de los blancos impuesta por los amos, el conde y la condesa en su calidad de padrino y protectora. En ellos sin embargo permanece potencialmente presente la cultura original africana como sugiere Ricardo Palma aunque de manera velada a través de su emblemática unión, fruto de un amor auténtico y sincero fundamentado en una relación no de superior a inferior, al revés de lo que sucede con la condesa y Pantaléon. Relación esta falsamente ocultada para hacer posible la transgresora relación erótica, como sugiere Palma en el momento en que la condesa recibe la noticia de que ha sido engañada:

Retirado el fraile, Verónica se encerró en su dormitorio para dar expansión a la tormenta que se desarrollaba en su alma. Ella, que se había dignado descender del pedestal de su orgullo y preocupaciones para levantar hasta su altura a un miserable esclavo, no podía perdonar al que traidoramente la engañaba (p. 473)

Ello es tanto más evidente cuanto que si Ricardo Palma nos presenta a la condesa súbitamente herida por la flecha de Cupido, en ningún momento se alude en la tradición al menor sentimiento de amor de Gregorio hacia ella, al revés de lo que ocurre con Gertrudis:

La llegada de Gertrudis a la hacienda despertó en el capellán y el médico todo el apetito que inspira una golosina. Su reverencia frailuna dio en padecer de distracciones cuando abría su libro de horas; y el médico-boticario se preocupó con la mocita al extremo tal que, en cierta ocasión, administró a uno de sus enfermos palaja en vez de goma arábica, y en un tumbo de dado estuvo que lo despachase sin postillón al país de los calaveras. (Ibíd.)

Contrariamente a la relación de Gregorio con la condesa, la relación de los dos esclavos sobre la base de “connivencias” está conforme a la norma social de la época, a la armonía de la pareja, en que la diferencia de edad podía darse de mayor a menor en el caso del varón y la hembra, pero no al revés. Con lo cual se confirma implícitamente que más allá de una transgresión “étnica”, la relación entre la condesa de cuarenta años con un mulato de veinticuatro años resulta ser una transgresión cultural.

La forma dicotómica del lenguaje utilizada por Ricardo Palma (descender, pedestal, orgullo / levantar, altura, miserable) para presentar el repentino cambio de actitud de la condesa, debido

a su “delirio” amoroso, vale decir a una enfermedad mental de naturaleza diabólica, muestra su carácter anormal o artificial, revelando que se mantiene potencialmente en pie la jerarquía social inicial *ama/esclavo*.

La simpatía de Ricardo Palma hacia sus compatriotas negros se deja sentir a lo largo de todo el texto a través del empleo de calificativos y adverbios que denotan una toma de posición del escritor quien expresa sentimientos de reprobación frente a la injusticia, de compasión frente a la crueldad, de condena de la violencia, de comprensión y tolerancia frente a los “deslices” eróticos y pecaminosos, entre otros. Tales como: “lo flagelases cruelmente”; “el infortunado Pantaleón”; “el horrible mandato”; “¡admirable fenómeno!, la condesa amaneció sin delirio”; “la pobre mulata, cuya fatal belleza fue la causa de la tragedia”, “hipócritamente”.

Y en comentarios humorísticos como el siguiente donde se cuestiona abiertamente la falsa moral religiosa:

El despechado rival pensó entonces en vengarse, y fue a la condesa con el chisme, alegando hipócritamente que era un escándalo y un faltamiento a tan honrada casa que dos esclavos anduviesen entretenidos en picardihuelas que la moral y la religión condenan. ¡Bobería! *No se fundieron campanas para asustarse del repique*. (Ibíd.)

La imagen refranesca final ilustra bellamente la fusión entre sexo y religión, vale decir la fusión entre un marcador africano y un marcador europeo.

## 6. Palma: un infiltrado de color en la sociedad criolla

Para finalizar la reflexión agregaré simplemente que en su actitud de disidencia, disimulada bajo la expresión formal y un

estilo humorístico sostenido, en su transgénica y transgresora escritura, Ricardo Palma, en el fondo, nos da cuenta de una sociedad cuestionando implícitamente sus fundamentos racistas y destacando los anhelos igualitarios de los sectores populares y marginales negros y mulatos.

Los orígenes étnicos y sociales de Palma no lo predisponían a ser el cantor del ideario criollo. Sin embargo formado y educado en el mundo criollo en conformidad con los valores del judeocristianismo, Palma no podía sino referirse a ellos, a pesar de su ascendencia africana cuya cultura, pese a lo que intenta demostrar Holguín en sus trabajos (1994), no llegó a conocer directamente, viviéndola en carne propia en la práctica de sus valores esenciales, de sus rituales, de su medio de comunicación: la lengua, o mejor dicho, las lenguas vernaculares africanas<sup>11</sup>.

En esta situación paradójica de sentirse afro descendiente pero de no poder expresarlo con la cultura de sus ancestros, reside probablemente la gran frustración e inconformidad de Palma, celebrado por sus compatriotas criollos que prefirieron quedarse en las apariencias de sus escritos, o sea en lo que les convenía encontrar en ellos, como el máximo representante de una literatura criolla.

Ello, nos explica, de algún modo, la cautela y matices en la formulación y expresión de su utopía que podemos observar en las *Tradiciones* y en el conjunto de su obra literaria, la

11 Puede que me equivoque porque no he profundizado el tema, pero me da la impresión de que contrariamente a lo que afirma Holguín los “vocablos peruanos de origen africano” no son tan numerosos en la obra de Palma (“Ricardo Palma y la cultura negra”). En realidad, hay pocas huellas de palabras o expresiones identificadas como pertenecientes a las culturas africanas, pues Palma reivindica la existencia de un lenguaje peruano propio en base a creaciones originales de la lengua española. (Véase al respecto mi ensayo “Las Tradiciones de Palma: disidencia y utopía” pp.334-336).

provocadora polémica que envuelve algunos de sus escritos periodísticos y políticos, y la gran sinceridad que notamos en su correspondencia privada.

En el fondo, amparado en su temprano ingreso a la masonería<sup>12</sup> –a imagen y semejanza de la gran mayoría de las élites criollas de su tiempo– y envuelto en los esotéricos y enigmáticos rituales de sus adeptos que lo remitirían tal vez en su imaginario al ambiente mágico y misterioso de las culturas africanas, Palma cumplió el papel de infiltrado negro dentro de la ideología dominante para mejor cuestionarla en sus aspectos más negativos, de los cuales, conviene subrayarlo, la presencia del “sujeto esclavista” al que se refiere Marcel Velázquez, era, a no dudarlo, el núcleo más álgido. Pues bien sabemos que a pesar de la abolición de la esclavitud en Venezuela por Simón Bolívar, en junio de 1816, y de su confirmación por el Congreso de Angostura en enero de 1820, el decreto quedó por mucho tiempo en el registro de las buenas intenciones en la mente de los dirigentes criollos más progresistas y desgraciadamente en letra muerta en su aplicación durante mucho tiempo en el período republicano.

Dicho papel, Palma lo cumplió a cabalidad en su obra literaria, ciertamente no exenta de contradicciones ni de interrogaciones, manejando hábilmente las paradojas para tratar de no despertar las sospechas de los conciudadanos reaccionarios con los que estaba alternando en el medio cultural limeño y miraflorentino, reservando las contiendas partidarias y las polémicas ideológicas y políticas al dominio público de sus artículos periodísticos y al dominio privado de sus cartas.

Difícilmente comprensibles serían de otro modo los elogiosos comentarios que le propiciaron José de la Riva Agüero y

---

12 Sobre este particular se puede consultar: Pinto, 2013, pp. 211-228; y Pinto Vargas, I., 2014, pp. 303-319.

otros contemporáneos pertenecientes a la élite criolla más conservadora, y las acerbas y provocadoras críticas que recibiera de la joven generación progresista capitaneaba por Manuel González Prada, guiada por un sentimiento de urgencia reivindicativa de lo autóctono<sup>13</sup>.

Afrodescendiente a caballo entre dos mundos, Ricardo Palma habló, escribió y actuó como miembro integrado a un grupo sociocultural determinado, cuando en el fondo de sí mismo sabía que su verdadera identidad lo vinculaba a un grupo distinto del cual siempre se sintió consciente o inconscientemente deudor, aunque su edípico malestar le impidiera proclamarlo abiertamente en su vida social y expresarlo con meridiana claridad en su obra literaria sino detrás de la máscara del disidente.

Por tal motivo me atrevo a afirmar que el Patriarca de las letras peruanas, de quien se celebra este año el centenario de su muerte, copiado en parte años después por López Albújar<sup>14</sup>, fue quien abrió en el Perú el camino de las reivindicaciones de lo afroperuano. Reivindicaciones que desembocarán, más de medio siglo después de su muerte, en las admirables obras de ficción de un Antonio Gálvez Ronceros, y más aún de un Gregorio Martínez, quien en su novela póstuma *Pájaro pinto* nos entrega su “testamento literario” donde da cuenta de su incansable cruzada antirracista por el reconocimiento y valoración de lo autóctono, lo mestizo, lo mulato y lo afro-indio, en la realidad nacional peruana y, más allá de ella, por el reconocimiento y valoración de los llamados “pueblos primitivos” de nuestro planeta, olvidados, marginados y menospreciados por los llamados “pueblos civilizados”.

[Couyou, Francia, marzo del 2019]

13 A ello me refiero en particular en el mencionado ensayo “Las *Tradiciones* de Palma: disidencia y utopía”.

14 Bazán, 2013, pp. 267-289.

## Referencias Bibliográficas

Bazán, D. (2013). “Un episodio sangriento en Palma y López Albújar”. En *Aula Palma XII*, Lima: Instituto Ricardo Palma, Universidad Ricardo Palma.

Clément, J. P. (1997). *El Mercurio Peruano (1790-1795)*, 2 tomos. Madrid: Ed. Vervuert.

Forgues, R. (1995). *Mariátegui, la utopía realizable*. Lima: Ed. Amauta.

\_\_\_\_\_. (2013). *La voz de los orígenes*. Lima: Ed. Universitaria Ricardo Palma.

Holguín, O. (1994). *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*, Lima: Ed. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Holguín, O. (2000). “Ricardo Palma y la cultura negra”. En: Aguirre, Carlos. *Lo africano en la cultura criolla*, Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú

Leonardo R. (2015). “Los negros no saben amar”. Nación representación y exclusión en “La emplazada” de Ricardo Palma”. En *Letras* Vol. 86 n° 123 ene./dic. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos Recuperado de: [http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S2071-50722015000100007](http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2071-50722015000100007)

Palma, R. (1952). *Tradiciones peruanas completas*. Edición y prólogo de Edith Palma, Madrid: Ed. Aguilar.

\_\_\_\_\_. (2005). *Epistolario General (1846-1891)*. Tomo III, Vol. 1. Edición, prólogo, notas e índices Miguel Ángel Rodríguez Rea. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

\_\_\_\_\_. (2005). *Epistolario General (1892-1904)*, Tomo III. Vol. 2. Edición, prólogo, notas e índices Miguel Ángel Rodríguez Rea Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

\_\_\_\_\_. (2005). *Epistolario General (1905-1919)*. Tomo VIII Vol. 3. . Edición, prólogo, notas e índices Miguel Ángel Rodríguez Rea Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Pinto Vargas, I. (2013). “Don Ricardo Palma y la Masonería”, En *Aula Palma XII*, Lima: Instituto Ricardo Palma, Universidad Ricardo Palma.

\_\_\_\_\_. (2014). “Don Ricardo Palma y la Masonería- Parte II”, En *Aula Palma XIII*, Lima: Instituto Ricardo Palma, Universidad Ricardo Palma.

Velázquez Castro, M. (2005) *Las máscaras de la representación. El sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú (1775-1895)*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Recibido el 15 de marzo de 2019.

Aceptado el 16 de marzo de 2019.